

Breve muestra de la poesía de Jotaele Andrade
(Selección de Gerardo Ciancio)

Mosca sobre mi padre muerto

yo te hubiera preferido deslumbrante
hermoso mío
-y mantengamos en secreto esta tristeza

hubiera deseado que una luz enorme te tragara
que hubieras combustionado de pronto
y desaparecieras en un revuelo de cenizas
brillantísimas

pero estabas hundiéndote despacio
en medio de las cosas quebradas

tan despacio te hundías
como despacio crecen los árboles y los niños

lento en tu quieta carne
estabas
y nosotros alrededor

la mosca y yo

que no me atrevía a tocarte

¿qué diferencia hay entre esta mosca
que ahora revolotea en este aire
y aquella que se posó sobre el cadáver de mi padre?

aquella que no atiné a espantar
ni a matar

quizás porque la desmesura mortuoria de tu cadáver era todo cuanto
podía resistir el mundo

no lo sé

nada sé todavía

sólo decirme en una media lengua que eras un lugar apacible
para esa mosca
que posó
sus patas

y no que empezabas a heder como una fruta derrumbada bajo un sol implacable

De *La rosa orgiástica*

Se parece al amor

a Analía Marchesano

la bombilla de luz
hace semanas que se apaga y se enciende

o titila
y el baño
amenaza
constantemente
con ser un territorio
en sombras

da cierto resquemor
que el mundo
y uno mismo
pueda
de ese modo
quedar
a oscuras

desaparecer

no es muy diferente de estar vivo

de todos modos la bombilla
luego que parpadea
da una luz más brillante
más intensa

entonces digo que se parece al amor

De La rosa orgiástica

La rosa orgiástica

yo parí a mi madre y retuve
entre mis manos
sus huesos de pájaro

y esos pobres huesos
crujen
y tratan de elevarse
porque un hijo no es otra cosa que una piedra o una cuchillada sobre el lomo

nadie debió esperarme más que yo mismo
más que mi sombra escondida
todavía

en la memoria del mundo

y si me abrazó el desierto
si el sol cavó en mi carne
fue porque soy proclive a desgastarme contra las cosas

porque veo reinos que se devastan y se construyen
cada vez que aletea
cualquier insecto

y porque yo inclino mi testuz ante lo instantáneo
pues sé que lo único que perdura entre los días
es el mineral
indivisible
del misterio

y acaso los huesos desperdigados de lo perdido
que buscamos como perros
o huérfanos

yo parí mi propio nacimiento

soy de una edad labrada en el terror del pájaro
apedreado

mi pena es una rosa orgiástica

De La rosa orgiástica

Madre en el hospital

aturde por blanca
porque el aire vibra
tenso
a punto de cortarse
la sala de hospital donde mi madre ensaya
otra vez con su muerte
dignidades
modos de mirar las cosas por última vez
agonías

antes de entrar
miro las camas
donde yacen
ancianas
con los ojos licuados
en el blanco de sábanas
y paredes

me cuesta reconocer

entre todas ellas
a mi madre

apenas distingo
entre el blanco de las cosas
una fila de cuerpos blandos
sumergidos en un agua
o una sustancia
invisible
y persistente
desde donde emana
el resuello de la vida
como un solo animal
cansado

De La rosa orgiástica

Ars moriendi

a veces descubro en mí
una risa malévola
por no haber muerto todavía

no es la satisfacción de quien vence
o ha vencido

no

es la risa neurótica
de aquel que ve cuán suave entra
el remo
en el agua

De Sombra de dos colores

Ars de sobrevivencia

adiós
polilla
mosca
tábano
que libero de mi mano
hacia la tarde
o la noche

hacia su concentrada
opaca
estadía

en el efímero paisaje
de la existencia

es cuanto puedo hacer
por esas vidas
que zumban en mi casa:

soltarlas en la intemperie

decirles:

adiós criaturas
somos hermanos
en el arte neurótico
de la sobrevivencia

De Sombra de dos colores

La sustancia de lo total

I

y de pronto
en la palma de mi mano
estremeciéndose
no translúcido
no opaco
y hecho de unas materias
que nunca antes
mis ojos habían visto
un ente
que parecía vivo
y no pertenecía a animal
ni cosa alguna

algo que sólo
se puede nombrar de modo indefinido
como se nombra al humo y se lo encierra
o al polvo
o al oscilar de los astros
en la bóveda infinita

y digo vivo
como si ese objeto
tuviera en sí
no respiración
ni fatigados organismos
sino una forma de existencia
cuyas convenciones escapaban de la lógica
como si un sentido

o una emoción
tomaran conciencia
y peso
y su esencia fuese palpable
y revelada

y fuera
de los embustes químicos
de las informaciones
que procesan
las células nerviosas

¿y por qué en mi mano
aquella cosa?

¿y cómo
de qué modo?
me preguntaba

y no era frío
ni portaba la llama
ni la blanda arquitectura del aliento
y sin embargo
sentía su hondura
y de algún extraño modo
sabía
que ambas cosas
eran
como el calor al fuego
indivisibles

II

pero cómo
repetía
me formulaba

por qué en mi mano
que ahora se construía
en esa hondura

y por esa hondura
era traspasada

como si ella pesara
el peso inmortal de la existencia
y el peso que se desvanece
con mi propia existencia

y divagué
por ciertas cuestiones
que alguna vez

dieron en mí
la materia de la sed
y las materias volubles del insomnio:

la luz y sus pequeños animales
voraces
el agua apresada
por los dedos
la ternura y sus delgadas
hiladuras

yo mismo temblando en las hojas
de mi existencia

III

yo venía de algún sitio
dije
-me dije
conminándome a recordar
esforzándome
forzándome
a

y aquellas cuestiones
eran de sustancias
dentro de una lógica
no signada por razón alguna

una lógica compuesta
no por pesos y medidas
ni por la rígidas cuestiones
a que todo argumento
es sometido

De *El psicólogo de Dios*

Pájaro blanco con canto negro V

Pájaro blanco

¿has escuchado al pájaro secreto?

nace de tu corazón

lleva tu hueso como una flauta

Canto negro

¿has escuchado al pájaro secreto?

te arranca el hueso
y el corazón como si le arrancara
estrellas a la noche

De Canto Popular de los pájaros

Descanonización de Gilda

debajo de la tierra
esa sábana que nos cubre la cabeza

debajo de los milagros
incluso

a los tumbos se lleva la vida con el mármol

yo pido que bailes todavía
descanonización
grito a los cuatro vientos
quitenlé la rosa sacrificial de la alegría
los viajes interminables
las lentejuelas del éxito pegadas en la piel

business y bitterness

el viento de la cumbia que sopla su estribillo
el viento que arrastra la muerte joven
el viento progresista que sopla la llaga de sí mismo y grita ¡mea culpa!
el viento de la urgencia que se llama Midas

veanmé bajarla del trono sagrado

“tu sonrisa es inmortal”
le digo

“bailemos”

De Canto Popular de los pájaros

Ascenso de Zitarrosa

la copa donde su cara es un ave
que se picotea a sí misma
rebalsada

las ciudades y las palabras se rompen como trajes de ceremonia

la desnudez al final

y la voz de la guitarra que lo llama
que por primera vez dice su nombre

quizás es la bordona
su profundo
gemido de animal sagrado
enloquecido por las pústulas

o puede haber sido la prima
vibrátil colibrí aleteando en el oído

es hora de dormir
muchacho

el tiempo sobrevive en su casita azul

De Canto Popular de los pájaros

El soliloquio

Entre la voz que los narra y mi recuerdo suceden Los Hechos. Los veo
en una fantasmagoría, polvo de piedras coloridas que se arrojan a lo invisible
y descubren el flujo antiguo de lo acaecido donde el protagonista se ahoga y da paso
al testigo y su flauta para animales embalsamados

y dispensa el color de la manzana verde, el verde de las hojas,
el áspero marrón de las ramas, la opacidad de un coito furtivo entre las rocas,
el aleteo de un insecto contra el vidrio,
el vacío sin final de una calle que desemboca en el otro lado
de la infancia.

Veo levantarse los cerrojos y dar paso a sucesos que crujen en sus viejos engranajes.

Oh, maquinaria obligada a trasladar por el cauce un agua transcurrida.

Oh, perlas abstractas que resguarda la mente
cuando yacen impregnadas por una edad de podredumbre

-¿Nace nuevamente el mismo árbol?

-¿En un mismo zarpazo te arrebataron el pan y el húmedo fulgor de las mejillas?

Veo las cabezas de ganado de lo humano. Las multitudes que habité. Las íntimas fisonomías donde se
aterrorizaban mis manos,
el escapulario con el rostro de lo perdido clavado en las crestas de las tardes para que sea
un trofeo de nadie y de cada uno la lagartija desmembrada
el cuerpo aquel que colgaba de un árbol mecido por la música obsesiva de la muerte

el tumulto festivo de las plazas los domingos con kermesse

Todo el pasado cabe en esta bolsa de huesos que persigue el perro que me mordió la espalda como el rayo:

la vez de las víboras que gemían enroscadas a los palos y la inundación tronaba como sábanas que se lavaban en las orillas de todos los riachos, al fondo de la noche

aquel día que ennegreció como si un diamante tornara a su carbón
¿andaban los señores con sombreros todavía?

¿las gruesas, las largas, las torpes muchachas se desmayaban atadas a un pañuelo y sabían a un perfume lánguido y pálido?

¿o ya había llegado el rock and roll
y sus riffs como espigas de alambre clavadas contra el cielo?

todo era todo todavía

y siempre todo es una parte que se busca en sus pedazos

porque dónde están las bocas de aquellos que bebíamos la leche de los tarros lecheros

ah, qué frío era ese metal y que gozo aquel olor a madre animal

esas bocas besadas más tarde a escondidas ah, qué frutas y qué lácteas nuestras bocas

y llenas de insultos y de ciruelas y de peras verdes

dónde los jóvenes que no éramos
pero que veían tensar sus músculos en la pelea de los que sí eran hermosos y fuertes y arrogantes
con el bozo dorado de quien besa al sol y no sabe que se quema

ah, los pechos que se extendían y las caderas que se afinaban como arpas
y los senos que brotaban un día por debajo de la remera
y luego abultaban como si fueran clamados por una multitud de amantes
y de hijas e hijos

pero las guitarras también traían un acorde campesino
un toro enfurecido en la coyunda
una semilla destripada por las aves carroñeras

y usaban las mujeres por entonces
unos vestidos estampados con anchas flores cuyas telas eran sopladas por el viento
y era uno el moverse de las flores en los baldíos y el de las flores estampadas

y usaban hierbabuena arrancada con el rocío
y orégano fresco
sobre el pollo recién muerto y trozado en la pileta

y las plumas, algunas pesadas por la sangre recién coagulada,
se desperdigaban por el patio todavía sin muros
y durante semanas los días se parecían leves y dolientes

ah las lonjas transparentes del aloe caracoleaban sobre las heridas, también
y la tira de tela con las palabras incomprensibles para curar el empacho

no, ya estaban las músicas estridentes
los colores chillones
la luz intermitente de las pistas modernas

como placas tectónicas chocaban las eras retrocedía un mundo y otro avanzaba
y eran imprecisos los tiempos

el puñal clavado en la casa se inflamaba y lanzaba chispas de un mismo fuego encendido por los
motores de los cohetes espaciales
y la televisión abría su ojo estático para siempre

y hay más todavía
las vacas cruzando por el vado
ese ruido de agua batida por la existencia
el genoma humano abierto como una res en el laboratorio

un día el asombro de la materia da paso a la consistencia de las piedras
a la sombra del árbol y al árbol
pierde su gracia como el fuego cuando incendia la casa

se alejaron en el tiempo los perros aquellos flacos
sarnosos
hermanos de la tarde y el trote

-como las abuelas y algunos primos no saltaron las vallas de los años

¿Vivir mueve estas puertas giratorias?

A través de ellas veo vuelve a pasar la vez que vi cagar a una elefante
la primera vez que vi bailar a Elvis en la televisión de un almacén y hacía 11 años que había muerto

las huelgas

la represión
la calesita aquella que me arrancó las escápulas de sitio

Sucesos de mi historia personal tan intrascendentes como la fiebre a mis siete años
o la rotura del hueso húmero
mezclados con el fin del apartheid
Chernobil
los levantamientos carapintadas

Luego todo se desvanece llevado por el tiempo. Cabezas y soles recortados en los grandes ventanales de lo acontecido.

¿Es mi vida todo eso? ¿Aquel abrazo que busca lo perdido y lo recobra y es vacío lo que alcanza?

¿En cuántas moradas habitan las horas sucesivas, su cara y su ceca, el canto donde crece el vértigo, esa puntada en la boca del estómago?

Reconozco esa lluvia, ese día, el frío y su bota de escarcha contra el pecho.
La tierra vuelta barro,
el pozo y su cuenca todavía vacía.

Sé que todavía hay en mí algo de cachorro que llora.

Pero ya nada es *ahora*.
Hundidos están los jardines y sus tapias en una materia viscosa.

Ya han tañido el metal del tedio y el metal del coito.
Si aguzo el oído escucho el eco entre las brumas que coronan nuestra frente común.

¿Pero quién reconoce el lenguaje del gozo cuando no hay cuerpo?

¿Cómo distinguir ese quejido de la pena o del júbilo
de la chumba del perro hermano?

¿Cómo arrancarlos de esa misma materia en que se encuentran
si, conmigo, dan mi sombra?

¿Puedo fiarme del canto de la moneda?

A lo mejor sólo del peso en que se aquilata.

El tiempo desmorona su pozo dentro del corazón.

De *Los Hechos*

El pronunciamiento

Y sin embargo

¿Es la vida todo lo que he visto con los ojos más ardientes,
tras el vapor amarillo de la fiebre,
con el dios de la imaginación diciendo “sea la luz y la tiniebla”,
“sea alado el sapo”
“salten conmigo, fuera de sí, criaturas”?

¿No comen mi hígado los cuervos del alcohol y los cuervos que espanté
cuando era joven y creía en la salud del mundo?

Conmigo vienen las jóvenes muertas de antaño. La ronda celebratoria, las carcajadas unánimes. Ángeles con alopecia, suaves y blandos en habitaciones malolientes, buscando a dios en otros cuerpos, a través de sus orificios. Qué tremendos aletazos daban fundiendo jaculatoria y eyaculatoria.

Todavía los escucho:

Hosanna, hosanna, de los suaves cabellos brotan las serpientes, sus sedas, el mimbre en el coito.

Hosanna, hosanna, cuando cae la bestia con el número tripartito los vientres buscan beber la lluvia.

Bajen la luz, criaturas sedosas. Bajen lentamente sus ropas.

Hosanna, hosanna, ruido de caballos relampaguean por el aire, gritos que azuzan lo inminente.

Oh, lo efímero. Oh, este gozo.

Y baten, conmigo, sus alas las langostas, dan una nube verdinegra sobre los cultivos. Ahora es tierra arrasada la que viene. Otra vez el fuego.

Yo encendí el fuego. Yo mismo estoy cubierto de cenizas. ¿No es la vida aquella hoguera, una noche? Caían sobre el vidrio de las botellas los cometas. ¿No fue la vida para siempre, el ton ton ton cardíaco, los pechos frutales expandiéndose en el aire, las manos agarrotadas por el deseo?

Y la playa vuelta un oro oscuro.

Y las olas que llegaban a lamernos los pies como suaves animales, como viejas cunas abiertas a la alabanza y al asombro. O buscaban en nuestra desnudez las antiguas escamas.

¿Qué son los grandes hechos en una vida?

Recuerdo la marquesina fluorescente de una pollería “El infierno de los pollos”. Se iban alumbrando figuras de neón con la forma de estas aves en un continuo suceder hasta caer en una olla y detrás un diablo rojo que reía.

Recuerdo unos anteojos en una huelga de hambre.

Tres o cuatro ciervos muertos en una acera y móviles policiales.

La vez que supe que el plástico se derrite al fuego.

Los muñecos de San Juan que eran bestias que gemían incendiadas, rodeadas por la sombra y por los gritos.

Un pan que disputé a las hormigas, endurecido y tibio por el sol.

La serpiente que anidó en la quijada del perro que enterramos, sus crías rosadas y temblonas que descubrí presa del asco y la sorpresa.

Los huevos de gallina encontrados en el pajonal como se encuentra un tesoro, todavía tibios, todavía secretos y deliciosos en la sartén.

El llamado de las palomas hundiendo en mis oídos la distancia.

El color de la siesta lleno de risas y de amenazas.

¿Es la vida todo eso?

¿el día que se hizo de noche a las dos de la tarde y fue el cielo una bestia caída contra el suelo?

¿el asombro ante los pelos pélvicos de los que crecían como meteoros?

¿el deseo y su fruta toda mordida, arrancada?

Nadie reconoce cada hoja del árbol frondoso. Yo tuve un cuerpo alado. Eso es todo.

De *Los Hechos*